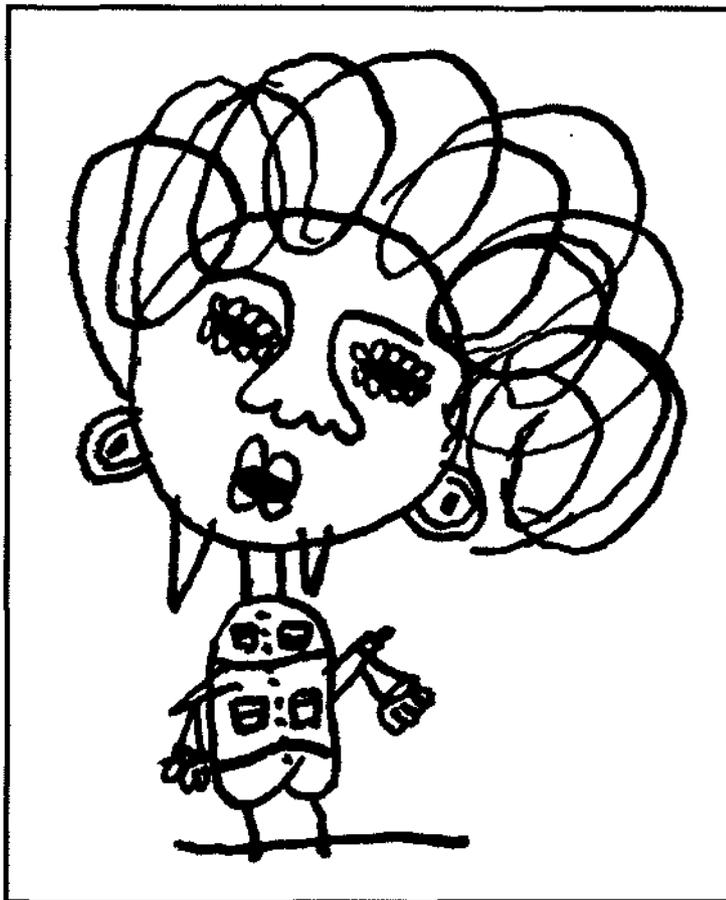


EL ORGASMO ES REVOLUCIONARIO

Entrevista con David Cooper

MARIA LUISA AGNESE



Cortarles la cabeza a los psiquiatras. Eliminar a la familia. Aprender a vivir una sexualidad orgásmica y no sólo procreativa. No dejarse esclavizar por los horarios del patrón.

Y sobre todo favorecer el desarrollo en cada uno de nosotros del benéfico germen de la locura.

Esta es la verdadera revolución.

A finales de los años sesenta había inventado, juntamente con su gran amigo de entonces, el psiquiatra inglés Ronald Laing, la antipsiquiatría. Y de sus ideas había partido todo un movimiento que logró desbaratar a la psiquiatría oficial. Algunos años más tarde, David Cooper conseguía sorprender una vez más a psicoanalistas e intelectuales con un pequeño volumen de un centenar de páginas titulado **Muerte de la familia**, en el que sostenía sin ambages que era precisamente la familia la mayor responsable de las neurosis, esquizofrenias y enfermedades mentales. Era preciso hacer borrón y cuenta nueva, hallar nuevas fórmulas de convivencia.

Hace dos años, en el Congreso de sexualidad y política celebrado en Milán, había provocado otro escándalo, tapizando sus intervenciones

con slogans como el de "mandad a la mierda los relojes del patrón" o el de "el verdadero orgasmo es revolucionario", y afirmando que la locura y la sexualidad son las formas auténticamente destructivas de la sociedad moderna.

Provocativo siempre, a veces irónico, a veces violento, Cooper es, en la historia de la psiquiatría, un protagonista incómodo y vanguardista. Anticonformista (con sus luengas barbas de santón mitad blancas, mitad rojizas), vagabundo, incapaz de soportar vinculación estable alguna, Cooper empezó a interesarse por los problemas de la locura y la sexualidad a principios de los años cincuenta, cuando estudiaba filosofía en Ciudad del Cabo, en Sudáfrica. Viviendo en un país racista, pronto descubrió que le era difícil conciliar la visión

tranquilizadora del mundo que le ofrecían sus profesores con la sistemática violencia de los blancos contra los negros, violencia que podía observar a diario. Los negros eran "distintos", marginados en ghettos, portadores de todas las enfermedades que la ciencia de los blancos les atribuía.

Cooper decide tratar de ver las cosas con más claridad y, tras licenciarse en filosofía, se inscribe en medicina. Con la nueva licenciatura en el bolsillo y un gran fastidio hacia Sudáfrica, Cooper emigra a Londres, donde se especializa en psiquiatría. Juntamente con Laing organiza allí una experiencia revolucionaria en una sección (el pabellón 21) del hospital psiquiátrico de Londres: nada de psicofármacos, nada de electroshocks, nada de camisas de fuerza para los enfermos. Para

Cooper, la enfermedad mental no existe como enfermedad biológica, como el cáncer o la arterioesclerosis. "Una persona puede parecer enferma —dice— pero su enfermedad es en realidad una protesta contra la sociedad."

En la actualidad reside en París, donde enseña, estudia y escribe. Con su nuevo libro, **El lenguaje de la locura**, sorprenderá una vez más a todo el mundo. En él hace autocrítica y dice que ha llegado el momento de pasar de la antipsiquiatría a la no psiquiatría, de acabar de una vez con la psiquiatría, de cortarles la cabeza a los expertos.

Hemos mantenido una conversación con Cooper sobre esta nueva teoría suya y hemos hecho un balance de su experiencia como hombre y como estudioso, para tratar de comprender cómo se puede llegar a ser lo que, en su revolucionaria filosofía, él mismo llama "un hombre nuevo".

—Por estas fechas la antipsiquiatría va a cumplir diez años. Ha sido éste un periodo difícil y lleno de contradicciones, aunque seguramente ha estado a la vanguardia de las luchas llevadas a cabo contra el manicomio y ha sido fundamental en el proceso de erosión del mismo. Y Vd. para su cumpleaños, le hace un bonito regalo a la antipsiquiatría: reniega de ella. ¿No se siente un poco culpable?

—Ni en sueños: llevo toda una vida combatiendo contra el sentimiento de culpabilidad y contra todas estas palabrejas que el psicoanálisis nos ha metido en la cabeza. Sería absurdo decir que la antipsiquiatría no ha servido para nada. La antipsiquiatría nació como una forma de lucha dentro de las instituciones, contra todas las formas de represión, violencia y ghetto que subyacen en el manicomio, contra los fármacos y los electroshocks. Pero precisamente porque ya han pasado diez años, creo que es el momento de hacer autocrítica, o por lo menos de hacer un balance que nos permita progresar, avanzar.

—Ha llegado, pues, el momento de hacer borrón y cuenta nueva, de pasar de la antipsiquiatría a la no psiquiatría.

—Yo diría más bien que ambas deberían actuar conjuntamente. El trabajo en el interior de las instituciones es muy importante, pero hay que tener cuidado en no ser absorbido por él. Junto con Ronald Laing, por ejemplo, habíamos creado una serie de comunidades terapéuticas en las que se practicaba la antipsiquiatría. Pero, ¿qué sentido tenía la creación de diez islas de felicidad si todo lo demás seguía igual? De este modo, la institución no se resquebrajaba en absoluto. La locura, además, era recuperada por el sistema con lo que se eliminaban sus posibilidades subversivas. Tal vez por esta razón estoy convencido de que ha llegado el momento de salir de las instituciones, de no luchar solamente dentro del manicomio, sino de hacerlo, sobre todo, fuera.

—¿Y cómo se lleva a cabo esta nueva revolución de la psiquiatría?

—Simplemente politizando a la locura, terminando de una vez con la concepción romántica de la misma. Convenciendo a la gente para que acepte su propia locura sin temor. Hay que recuperar a la locura como una propiedad social común.

—¿De qué modo?

—Antes que nada, mandando al carajo a los

expertos, cortando la cabeza a los psiquiatras. En mi libro lo digo muy claramente. Los psiquiatras sólo tienen dos alternativas: o se suicidan o habrá que liquidarlos. Lo cual significa, al margen de toda metáfora, que si quieren salvar a los pacientes, deben decidirse a abandonar su práctica espontáneamente; de lo contrario, nos veremos obligados a hacerla olvidar por la fuerza.

—Supongamos que deciden renunciar por sí mismos a su rol de expertos. ¿Qué pueden hacer concretamente para actuar en la sociedad?

—Estar dentro de ella, en la sociedad, en sus problemas, en sus contradicciones, y ayudar a la gente a resolverlos allí, sin aislarla en las instituciones. Crear comunidades en la sociedad, partiendo del barrio, de la fábrica, de la escuela, para que la gente se relacione. En Bruselas, por ejemplo, hay un grupo que desde hace casi dos años trabaja en este sentido en un barrio pobre de subproletarios y de inmigrantes. Si aparece un problema de desviación, psiquiátrico o de pura delincuencia, el psiquiatra reúne a la gente del barrio: no sólo a la familia, sino también a los compañeros de trabajo, al representante sindical, a un enseñante. Y de este modo pone en relación a unas personas que de otro modo no se hubiesen encontrado nunca. Hace tiempo, había en el barrio dos muchachos que habían sido expulsados de la escuela técnica. El psiquiatra organizó un encuentro entre ellos, sus padres, sus amigos y dos directivos de la escuela técnica. Lo que al principio parecía un problema de los dos muchachos, se transformó finalmente en un problema de todos, en un problema político: el director, por ejemplo, admitió que necesitaba plazas en la escuela y que trataba de obtenerlas marginando a los elementos más "peligrosos". De este modo, la persona que representa al sistema se encuentra en contradicción consigo misma.

—¿Es éste el objetivo de la no psiquiatría: poner en evidencia las contradicciones?

—No solamente. Yo más bien diría que se trata de poner a la gente en contacto. Es una estrategia muy simple, no se precisan conocimientos técnicos, es suficiente con poner en contacto a las personas que tienen un ligamen mutuo. De este modo se supera el aislamiento y la atomización de los individuos, y así se encuentran juntos en la lucha contra las estructuras. Ya no hay problemas personales; todos los problemas son políticos. Para decirlo con un slogan: se trata de convertir la violencia (la competitividad, la agresividad) que existe entre la gente, en una violencia contra el sistema. En esto consiste la educación política.

—¿Tiene esto algo que ver con lo que está haciendo en Italia Giovanni Jervis?

—Sí, Jervis es el único que se aproxima a la no psiquiatría. En Reggio Emilia ha intentado sepultar la concepción del experto, iniciando un trabajo piloto en la región y en el barrio. Ha hecho salir a los enfermos del hospital psiquiátrico y los ha insertado en una comunidad, confiando su "asistencia" no a los expertos, sino a los obreros y campesinos de la zona. A estos obreros y campesinos que trabajan con él les ha proporcionado tan sólo una información mínima para que fueran capaces de comprender los mecanismos de la locura, y una auténtica educación política. Nada más.

—¿Y el otro padre de la antipsiquiatría italiana, Franco Basaglia?

—Continúa haciendo antipsiquiatría.

—¿Y usted, qué está haciendo?

—Enseño en la universidad, estudio, escribo. Sigo viendo a gente "loca", pero al margen de cualquier contexto clínico, tratando de transformar sus problemas médicos y personales en un problema político.

—¿Está usted políticamente comprometido? ¿Milita en algún partido o grupo específico?

—No. Si estuviese en Italia, por ejemplo, estaría a medio camino entre el Partido Comunista y Democrazia Proletaria. En Francia apoyo el programa común de la izquierda. Pero yo no soy francés, ni italiano, ni inglés. Me considero un exiliado de Sudáfrica, y allí el único partido por el cual podría militar sería el partido de la guerrilla. Esta es, sin embargo, mi posición particular y personal. Más allá de mi caso personal, estoy convencido de que es justo militar en un partido.

—¿Tiene la intención de crear alguna comunidad, algo parecido, por ejemplo, a qu hecho Jervis?

—Algo parecido estoy haciendo con los estudiantes de psicología, con la gente. Aunque de un modo muy informal. En Francia la situación es muy distinta que en Italia. Hay menos posibilidades de trabajo concreto. Es un país tan avanzado en la teoría como retrasado en la práctica.

—¿Está diciendo con ello que en Italia hay un mayor nivel de conciencia política?

—Exactamente. Está mucho más desarrollada la tendencia a pensar en términos políticos y no personales. Ello representa un gran paso adelante que evita muchos peligros, por ejemplo el de caer en el familiarismo, el de someterse a los mecanismos de represión familiar, que son los principales responsables de la esquizofrenia.

—Esta afirmación es un poco desconcertante: desde siempre, Italia ha sido considerada como el país más maternalista, el lugar en el que la familia es más sagrada...

—No es cierto. Yo he podido constatar que precisamente aquí la familia está más abierta al resto de la comunidad. La fórmula de la familia nuclear burguesa, padres e hijos, aquí es menos rígida. Quizás sea cierto lo que dice en las grandes familias burguesas, pero la situación es más flexible en provincias y en el campo o entre la clase obrera.

—¿Pero acaso no es esto el reflejo de una situación social más atrasada? ¿No puede ser debido a que Italia sea sólo un paso atrás?

—No lo creo. Era un teórico fascista citado por Antonio Gramsci en sus *Cartas* el que decía: "La familia es la célula madre del fascismo." Hay también, sin embargo, una frase de Mao: "La familia nacida antes del feudalismo y del capitalismo será abolida en el futuro. Ha tenido un comienzo y está llegando a su final." Yo también estoy convencido de que la familia tal como es debe morir y que la cosa más importante es abrirla a la comunidad, dar a los niños la posibilidad de mantener contactos con gente distinta de los dos progenitores. Es el único medio de disminuir las esquizofrenias y las enfermedades mentales.

— ¿Está diciendo que los niños crecerían mejor en las comunas?

— No. Lo creía hasta hace poco tiempo, pero, desdichadamente, tras haber visto un gran número de tentativas fracasadas de vida en común, he cambiado de idea, porque muy a menudo las comunas reproducen las mismas rígidas reglas de la familia. Más que contra la familia, hoy estoy contra el familiarismo, caracterizado por cuatro componentes: la envidia, los celos, la posesividad y la culpabilización. El cuarto es el peor de todos, el más destructivo. Actualmente creo que incluso es posible vivir en pareja, pero tratando de no caer nunca en alguno de estos cuatro errores, sobre todo, sin provocarse —o provocar al otro— un sentimiento de culpabilidad.

— No es tan sencillo. Hay momentos en que...

— Es sencillo si uno deja de sentirse aislado, si renuncia a enfrentarse solo con sus problemas personales y si busca la confrontación con los demás. Si se comprende que para luchar contra la represión de la familia es preciso hacer una revolución política: abrir el sistema cerrado de la familia a las fuerzas sociales que luchan por el cambio.

— ¿Significa esto que revolución social y revolución política deben ir a la par?

— Yo diría incluso que la una no puede darse sin la otra, que no puede llevarse a cabo una revolución total si antes no se lleva a cabo toda esta preparación. Todo esto se puede sintetizar en una fórmula matemática: Revolución política + Revolución social = Revolución total = Revolución comunista.

— ¿Así, pues, si falta uno de los términos de la ecuación, la revolución no se hará nunca?

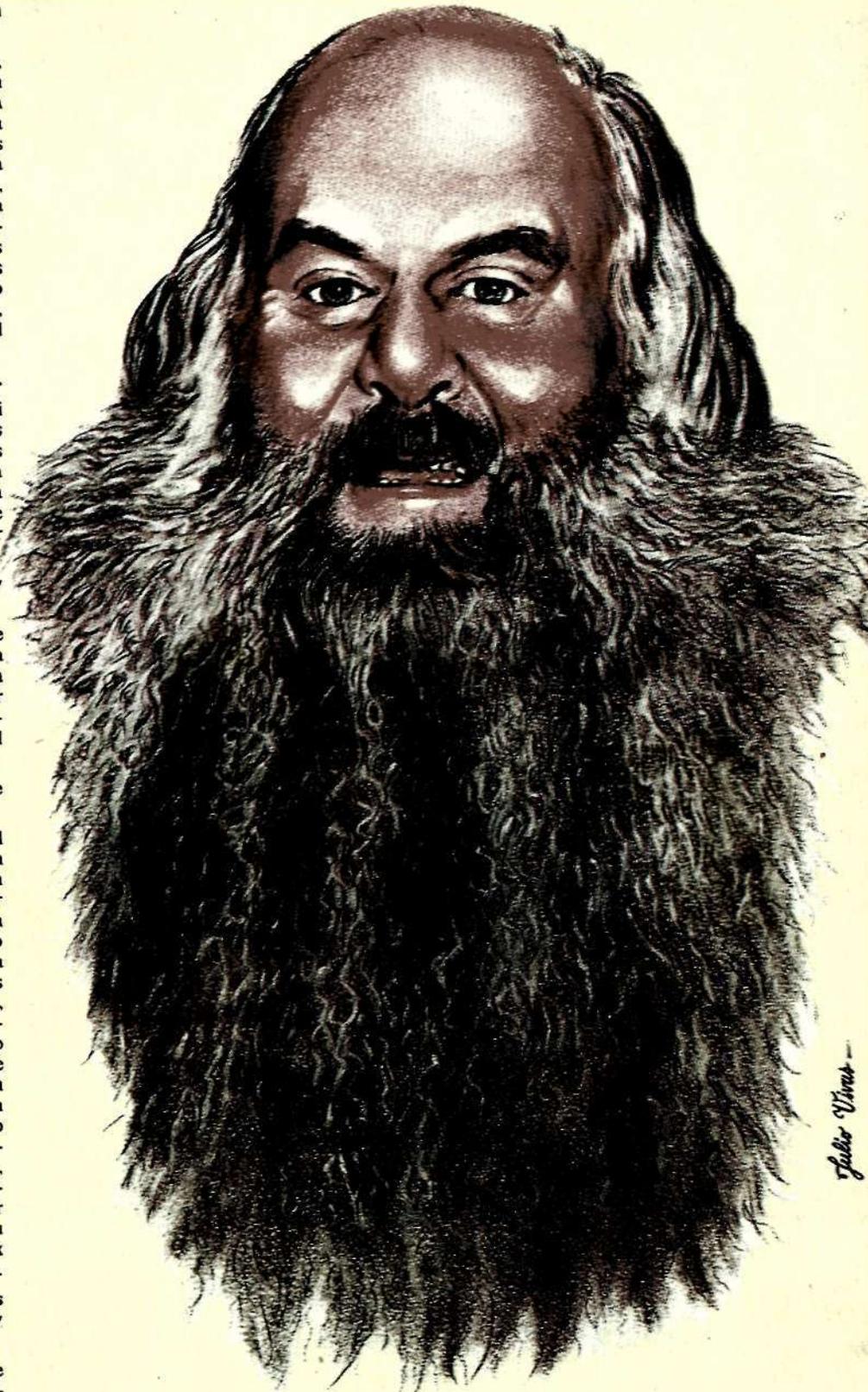
— Exactamente. En los países comunistas del Este de Europa han hecho la revolución política, pero han dejado atrás la revolución social, y ahora les es mucho más difícil volver a ponerla en marcha. Entre nosotros, en cambio, todavía es posible llevarlas a cabo conjuntamente, empezando por luchar contra la represión en la familia y en las demás instituciones: escuela, universidad, prisiones, manicomios, fábricas, tribunales, incluso cementerios. Por otra parte, el mismo Marx lo decía claramente: no basta con apoderarse de los medios de producción, se requiere también que el hombre cambie. Después, muchos han querido separar los dos momentos, del mismo modo que han querido jerarquizar las necesidades, distinguiendo las primarias (alimento, vivienda) de las secundarias. Una jerarquización absurda que en Marx no se encuentra por ninguna parte. De un extremo a otro de su obra, pero sobre todo en los *Grundrisse*, Marx habla de las necesidades radicales y lo subraya.

— Es éste un aspecto de Marx que en los últimos tiempos han retomado los jóvenes y sobre todo las feministas.

— Las mujeres han sido las primeras en darse cuenta de la inutilidad de una lucha exclusivamente política. Por otra parte, es lógico que haya sido así porque ellas sufren una doble represión: la individual y la que les impone la sociedad. Cada día experimentan violentamente la represión en el trabajo y la represión en la familia.

— Pero también puede decirse lo mismo de los hombres.

— Es cierto, pero ellos todavía no han tomado



Julio Vivas

conciencia de esta situación. Al contrario, se han alejado como de la peste de las intuiciones del movimiento feminista. Los hombres no se quieren dar cuenta de que la revolución de las mujeres también les favorece a ellos. Detrás de esto se encuentra toda una tradición latina de machismo que es necesario eliminar porque dificulta esta toma de conciencia. Los grupos de la izquierda tienen hoy una gran responsa-

bilidad, que es la de darse cuenta de esta situación y empezar a combatir seriamente su propio machismo. Deben comprender que el famoso poder del macho es una forma de impotencia. También ellos, igual que las mujeres, deben aprender a vivir una sexualidad orgásmica y no sólo procreativa. Ciertos psicoanalistas se sorprenden cuando digo que las mujeres, fisiológicamente hablando, tienen

defectos mayores que los hombres y que el orgasmo, raro en la mujer, es aún más raro en el hombre.

— **En efecto, pero las estadísticas dicen que hay más mujeres frías que hombres impotentes.**

— Es cierto, pero se debe a que todas caen en el error de confundir, en el hombre, eyaculación con orgasmo. El orgasmo, hoy, se ha convertido en el estado emocional más mistificado. Uno nunca está seguro de si lo que ha experimentado es una eyaculación o un orgasmo. ¿Se trata de una contracción pélvica involuntaria o, por el contrario, se está experimentando un orgasmo? ¿Cómo hemos podido llegar a esta aberración? Porque, creo, somos esclavos del tiempo del patrón. El tiempo capitalista, totalmente condicionado por el sistema productivo, atrapa con sus reglas nuestra vida sexual y destruye las condiciones de posibilidad del orgasmo. Cuando un hombre trabaja siete horas al día y vuelve a casa por la noche para cenar y mirar la televisión, al hacer el amor con su mujer, confunde fácilmente una eyaculación placentera, que es lo mismo que cagar a gusto, con un orgasmo. Y esto le pasa porque ha interiorizado la rutina mecánica de sus horas de trabajo transfiriéndola a su propio cuerpo. El orgasmo es un momento de éxtasis, de pura locura. Equivale a salir de la mentalidad y del sistema del tiempo represivo. El orgasmo es un momento revolucionario.

— **Pero ¿cree usted que todavía le es posible al hombre-máquina que produce trabajo escapar a su destino y redescubrir el orgasmo?**

— Es posible, pero sólo si hace caso a mi slogan y manda a la mierda el reloj del patrón. Si los trabajadores produjesen para sí mismos y no para crear plusvalía, crearían su propio tiempo libre, un tiempo para encontrarse con los demás, para jugar, para divertirse sin la opresión impuesta por un horario regular. Hay mucho tiempo a liberar en todos aquellos oficios que no producen más que beneficios e ilusiones.

— **Iniciar este camino, sin embargo, cortar los lazos que unen al hombre con una serie de protecciones y certezas, no es sencillo. Para hacerlo, se requiere una preparación...**

— Quizás no sea tan difícil, si aprende a ser autónomo, si aprende a librarse de los condicionamientos, del poder, de las instituciones, de los demás. Incluso para estar con los demás y para crear vínculos de solidaridad con el otro, el hombre debe primero aprender a estar solo, debe aceptar la idea de la propia soledad y de la propia muerte. Liberarse de todas las viejas costumbres, convertirse en un "hombre nuevo".

— **¿Qué significa esto exactamente?**

— Significa cortar todos los cordones umbilicales entre nosotros y el mundo normal, esta esclavitud que nos hemos creado nosotros mismos para estar en el mundo. Desde el tabaco al alcohol, a las drogas, a las costumbres, al trabajo y a su rutina, al mismo psicoanálisis. El psicoanálisis es la peor de las costumbres, porque pone en funcionamiento un interminable mecanismo de simbiosis, porque uno entra en la sangre del otro y se nutre del "alimento" de la mente y del cuerpo del otro. Una verdad que para mí fue

dolorosamente evidente hasta que terminé mi primer análisis. Mi analista llevaba una vida familiar burguesa y respetable mientras yo dormía por el suelo en habitaciones que compartía con otra gente en diferentes comunas de la ciudad. El analista, que no aceptaba mi modo de vivir y que no ocultaba el rechazo que le producía, siempre encontraba la manera de decirme, aunque fuese indirectamente, que mi pene siempre estaba en el lugar más inoportuno, en la persona más inoportuna y en el momento más inoportuno. Y yo, atrapado por la costumbre, seguí en el análisis durante un año, siéndome muy fatigoso el hecho de quitármelo de encima.

— **Pero la mayoría de la gente no consigue liberarse ni siquiera de la esclavitud de una taza de café. ¿Hay técnicas concretas para ayudarse en este camino hacia la autonomía? En uno de sus libros, la Gramática para uso de seres vivos, usted afirmaba que su experiencia con el LSD había sido una ayuda muy valiosa.**

— El ácido fue para mí una etapa importantísima: te lleva al éxtasis, te hace salir de tu yo, te hace penetrar en espacios "locos". Pero eso no significa que vaya a aconsejar a la gente que se ponga a tomar LSD. Se requieren muchas condiciones favorables y mucha experiencia para poderlo usar debidamente. Puede tener un valor de salvación sólo personal, pero con las leyes y el nivel de conciencia actual, no puede en absoluto convertirse en un método muy difundido. En sustancia, no me parece una técnica válida porque no se puede difundir, no se puede convertir en un instrumento político.

— **Usted citaba otro método en su libro, que consistía en volver atrás, revivir la propia vida, recuperar la infancia. Una hipótesis fascinante pero que parece difícil de llevar a cabo para un hombre común que nunca ha visto a un psicoanalista.**

— Pues no. A mí me parece que se puede lograr sin necesidad de expertos. No se necesitan técnicos porque no se trata de introducir nada nuevo, sino de redescubrir un camino que el hombre antes sabía transitar solo. Quiero decir antes del feudalismo, antes del capitalismo, antes de perder todo lo que de real tiene nuestra vida. Hoy, por la vía de los técnicos, tenemos la impresión de no poderlo hacer solos. Pero es falso. Basta con quererlo, hay que decidirse, arriesgarse, renunciar a todo aquello que nos parece real y que, en realidad, es falso. Haciendo un esfuerzo de reflexión sobre el pasado se puede recuperar el momento crítico de la vida. El secreto consiste en crearse el tiempo para poderlo hacer.

— **Pero ¿cuáles son los primeros pasos concretos para iniciar lo que usted ha definido como "el viaje a la conquista de la propia locura"?**

— Antes que nada, tratar de sustraerse a la rutina diaria, abolir los horarios, las reglas que rigen el comer y el dormir. Renunciar a todos los rituales, como el cigarrillo después de comer, el té a las cinco, el whisky antes de ir a dormir. Después es muy importante tratar de recordar los sueños y contarlos al despertar, pero no al psicoanalista, sino a la persona con la que se ha dormido. Se trata tan sólo de contarlos, sin interpretaciones. También hay que tratar de pensar en la propia vida, recuperar los momentos críticos, los momentos de autonomía de la familia durante la

infancia. Todos pasamos por un periodo de este tipo, la mayoría hacia los cuatro o cinco años. Más en general, para desembarazarse de los hábitos de una vida insatisfactoria, el secreto está en sembrar la duda sobre todos los aspectos de una vida alienada. Esta es la estrategia principal: hacer saltar los goznes de nuestra coraza de normalidad, y aprender a vivir en paz, sin falsos sentimientos de culpabilidad, la propia locura.

— **Por lo tanto, usted no aconseja partir de una técnica específica, por ejemplo la meditación trascendental.**

— No, nunca sugeriría una técnica para cambiar la vida. Hace poco he hecho un viaje a los Estados Unidos y he quedado desconcertado al ver como todas estas técnicas, desde la meditación trascendental a la bioenergía, pasando por el análisis transaccional, se usan mal, imponiéndose comercialmente como un medio de "liberación" personal y no política.

— **Es un juicio muy negativo para un país como los Estados Unidos que, a pesar de sus mil contradicciones, siempre ha estado a la vanguardia.**

— En este momento esto no es cierto. Al contrario, es un país ensimismado en su propia decadencia: es la imagen del capitalismo moribundo. Si se contemplan a los Estados Unidos en el marco internacional, salta a la vista que, tras su poder imperialista, se encuentra una real impotencia. Y que, respecto al resto del mundo, es un país parasitario. Si cesase repentinamente la explotación del Tercer Mundo por parte del imperialismo y de las multinacionales, el sistema económico de los Estados Unidos se derrumbaría en una semana.

— **¿Significa esto que hoy los países vitales son otros, que si el Tercer Mundo tomase conciencia podría poner en crisis al imperialismo?**

— Exacto, y en cierto modo esto ya está pasando. El Vietnam y Angola son lugares pequeños pero absolutamente críticos. En estos países es más fácil avanzar hacia el comunismo de un modo total, político y social a la vez.

— **Nuestros países europeos, que, debido a una larga tradición marxista, están menos alienados que los Estados Unidos, ¿podrán tener un papel importante?**

— Cierto, sobre todo España, Portugal e Italia, y en general todos aquellos países donde se da una tentativa de construir un comunismo, nacional, podrán cumplir una función de estímulo respecto a la Unión Soviética, para desarrollar, tras la revolución política, la revolución social. Creo, además, que durante unos años la revolución interna cultural china se cerrará para dejar paso a una revolución social en la URSS. Mientras tanto, China revisará su reaccionaria política exterior.

— **¿Y, qué hará el resto del mundo mientras tanto?**

— Hemos de esperar, preparando a la gente, sembrando la duda sobre su realidad alienada, sobre todas aquellas supuestas posibilidades de salvación exclusivamente personales, como la religión y las terapias alternativas. Para que nazca y se desarrolle en cada uno de nosotros un germen contagioso pero benéfico: la locura. [Traducción: Josep Sarret].